

estaba, recibiese aviso de Saligny sobre un acto tan grave. Wyke se dirigió sin tardanza al vicealmirante para reprocharle su conducta: «Nadie respeta más que yo al general Almonte en lo privado, decía; pero V. E. sabe indudablemente que es la cabeza reconocida del partido que dirige el infame Márquez y del que son secuaces Cobos y otras personas que están alzadas en armas contra el Gobierno establecido. ¿Qué podrá pensarse de la imparcialidad de nuestra intervención, si los representantes de una de las potencias aliadas protegen á los rebeldes del Gobierno con el cual estamos en negociaciones?» Prim no había sido menos enérgico: «No tiene ejemplo el acto de llevar al interior á los emigrados para que organicen una conspiración contra el Gobierno existente, mientras avanzáis como amigos y esperáis el día fijado para las conferencias.» Al hablar así, Wyke y Prim solicitaban autorización de sus colegas para contestar una nota del Gobierno mejicano en la que éste anunciaba su propósito de perseguir, condenar y castigar á los conspiradores que avanzaban protegidos por las armas francesas. Debía contestarse la nota, declarando en nombre de las tres potencias que Méjico se fundaba en la razón y en la justicia.

¶ El general Robles Pezuela, vigilado por el Gobierno en Méjico y confinado á Real del Monte, salió del lugar de su destino para dirigirse al encuentro de los franceses. La indignación que este acto causó fué indecible. No sólo se atrevían los franceses á internar conspiradores, sino que alentaban á los enemigos del Gobierno constituido, para que, dentro de la zona por él dominada, se organizase la rebelión de acuerdo con los agentes oficiales y secretos del emperador. Allí estaban las cartas de Robles Pezuela á Saligny, el concierto patentizado con la fuga del jefe para entrar en la órbita de protección de las fuerzas imperiales. Por desgracia para Robles, se le siguieron los pasos y cayó en poder de las tropas del Gobierno. Ante la ley del 25 de enero, su culpa inexpiable no tenía sino una sola sanción. El Gobierno estaba en el caso de desaparecer ó de ser inflexible. Su deber era vivir, y ordenó la ejecución del proscrito. Robles Pezuela murió sin actitudes teatrales, con la templanza del hombre de buen gusto que ve la inutilidad de la súplica y de la protesta. Expidió un manifiesto sobriamente explicativo de su conducta y se entregó al pelotón encargado del fusilamiento.

¶ Para los franceses, la ejecución de Robles Pezuela constituía á la vez un pretexto y una justificación. El pretexto no podía ser mejor. Se había declarado que el Gobierno de Juárez tenía vida propia, opinión y un gran respeto á la cultura de su siglo. ¡Mentira! Para vivir necesitaba desarrollar un terror á toda máquina. No perdonaba ni á un infeliz perseguido que, para librarse de la opresión, buscaba el amparo de LA BANDERA QUE NO RETIRA SU SOMBRA BENDITA DE LOS OPRIMIDOS QUE Á ELLA SE ACOGEN. No pudiendo aprehenderle, decían los franceses, un vaquero le lazó como á una bestia salvaje. ¿No había llegado el momento de avanzar para destruir aquel Gobierno que ahogaba el voto de LA PARTE SANA del país? Si alguna vez el vicealmirante pudo pensar que Almonte fuese restituido á Veracruz, ya no podía pensar tal cosa. El asesinato del general Robles era una provocación. «He creído, pues, que en vista de tan doloroso acontecimiento, sería una insigne debilidad de nuestra parte renegar de hombres á quienes se

había concedido la protección de nuestra bandera, aunque no fuese sino por un error, y he ordenado al comandante del batallón encargado de conducirlos á Córdoba, que los conserve bajo su salvaguardia.»

¶ El Gobierno inglés tomó para sí la refutación de cuantas razones dieron el Gobierno imperial y sus agentes para sostener el permiso que había otorgado Saligny. Es de advertir que Thouvenel no convenía en que hubiese sido un error la protección concedida á Almonte para que conspirara, como lo asentaba por debilidad ó ignorancia el abúlico vicealmirante en su nota á Wyke y á Prim, pues el ministro de Negocios Exteriores del Imperio reconocía que se había protegido á Almonte por órdenes del emperador. M. Billault, ministro sin cartera que defendía la política imperial ante el Cuerpo Legislativo, acudió á subterfugios como los del vicealmirante para justificar á Saligny, declarando que Almonte salió de Veracruz porque allí se le hacía intolerable su estancia, á causa de las molestias que le daba el Gobierno de Méjico, pretexto ininteligible, puesto que Juárez no ejercía poder alguno en los lugares ocupados por los franceses, y que, si pudiera haber grados de impotencia, ésta era mayor en Veracruz que en Córdoba. Después de aprobar la conducta de Wyke por su protesta contra la complicidad francesa en los manejos de Almonte, Lord Russell hizo una brevísima pero incontestable defensa de Méjico: «El Gobierno de S. M. lamenta que el emperador de los franceses haya concedido á Almonte la protección de su bandera. Para un pueblo celoso de su independencia, el arribo de partidarios de una forma de gobierno diferente de la que existe, ó en todo caso, representantes de un grupo vencido, bajo la protección de siete mil hombres que han invadido su territorio, era seguro que despertaría alarmas y daría nuevo pábulo al odio y á la venganza. Bajo la impresión de esta alarma y bajo el impulso de estas pasiones, fué ajusticiado el general Robles.»

¶ El nueve de abril se reunieron en junta plena los comisarios para discutir la respuesta que hubiera de darse al Gobierno mejicano. Ya el vicealmirante se había anticipado. Él no podía considerarse ligado por los convenios de la Soledad, después de la ejecución de Robles y en presencia de la protección reclamada por Almonte. Su resolución estaba tomada: volver al punto de Paso Ancho para recobrar su libertad de acción y emprender nuevamente el avance hacia la capital con el fin de librar á los pueblos de UN SISTEMA DE TERROR SIN EJEMPLO y á sus compatriotas de la ruina con que les amenazaba el Gobierno mejicano. Wyke objetó que, en su concepto, no había en Méjico la tiranía de que hablaban sus colegas franceses y que la mayoría era republicana. Dunlop opinaba que los franceses de Méjico verían con disgusto el avance de las tropas imperiales, puesto que, como Wyke, no creía que los extranjeros estuvieran sufriendo las vejaciones de que hablaba Saligny. Entre los argumentos de Prim contra las durezas del tornadizo vicealmirante, hubo uno que tenía toda la autoridad de la buena fe. Tratar con Juárez era un deber mientras no hubiese otro Gobierno: él, por su parte, estaría dispuesto á tratar con los enemigos de Juárez, pero no antes de que dejasen de ser guerrillas y de que fuesen Gobierno. El vicealmirante desvió el argumento. No había que tratar con ésos ni con Juárez. Los aliados debían bus-

car á los oprimidos que no perteneciesen á ninguna de las facciones. Ése era el pensamiento del emperador, pensamiento híbrido en el que entraban por mitad el principio de las nacionalidades y el sistema de la Santa Alianza : el plebiscito y la bayoneta.

¶ La conferencia, que había sido una descarga de antipatías personales, fomentadas durante dos meses de conflicto no siempre contenido á tiempo, terminaba un largo duelo de orgullo entre Prim y Saligny. El general había tenido de su parte al amorfo y honrado Wyke y al amorfo y cortesano Jurien de la Gravière. Saligny, torvo y solitario, supo mantenerse en su papel de traidor de melodrama, hasta que pudo erguirse triunfante, pasando, como dice Emilio Ollivier, sobre la espina dorsal del vicealmirante. Prim, sin paciencia ya para soportar las invectivas del ministro francés, terminó con una interpelación que marcaba ventajosamente la actitud de oposición de Francia : — Si no se retira la protección á Almonte, y, por el contrario, los franceses se obstinan en no aceptar las conferencias que deben abrirse el quince de abril, las tropas de España y las fuerzas navales inglesas se retirarán, considerando la conducta de Francia como una violación del tratado de Londres y de los convenios de la Soledad. El vicealmirante no deseaba otra cosa. Francia se encargaba de sostener las reclamaciones de sus aliadas, y desde luego ponía su escuadra á disposición de las tropas españolas para que se retiraran. Lo primero no se aceptó : á los Gobiernos de las dos naciones tocaba decidir la manera de sostener sus reclamaciones; lo segundo se rechazó, pues el general Prim contaba con buques propios, y á falta de ellos, podría disponer de los ingleses.

¶ Los acontecimientos entraron en la pauta de las instrucciones traídas por Almonte. Éste, Lorencez y Saligny formaron un directorio responsable de la segunda bellaquería con que iba á mancharse el Gobierno francés, para seguir el rumbo de las deslealtades. Una carta de Zaragoza á Lorencez dió el pretexto, que ya buscaba el general, para no efectuar el movimiento retrógrado á Paso Ancho. El jefe mejicano declaraba que á pesar de haberse roto los convenios, el Gobierno nacional se consideraba obligado á encargarse de la seguridad de los soldados franceses enfermos. Luego — infería Lorencez — mis enfermos corren un gran peligro y no debo abandonarlos. El pretexto valía lo que cualquier otro de su especie. Todo pretexto es bueno, porque sirve para desligar si de esto se trata. Y no se trataba de otra cosa. Por otra parte, ¿qué importancia tenía la violación del convenio? Tanto daba forzar el Chiquihuite como las Cumbres de Acultzingo, y en el Chiquihuite había peligros climatéricos que no existían en las altas estribaciones de la Sierra Madre. Con estas razones, emitidas por el ponderado Niox, se comprueba justamente que no era lo mismo para los franceses cumplir el pacto que dejar de cumplirlo. Luego si había interés, hay mengua en la violación.

¶ Forzar las marchas, pasar la cordillera, subir á Puebla é instalarse allí para

esperar que la cuestión de legitimidad se resolviese entre Juárez y Almonte, sin hacer un solo movimiento que implicase parcialidad en aquella contienda, tal era el plan que más tarde había de prescribirse á Lorencez por su ministro. Entretanto, el general francés avanzaba. El 19 de abril salía de Córdoba. Un capitán de su Estado Mayor encontraba en el Fortín al destacamento mejicano que cubría el punto, y se trabó una pequeña escaramuza. Eran los primeros disparos, la primera sangre, lo irreparable de la invasión. Justamente en aquellos momentos salía de Orizaba la familia del general Prim escoltada por el bravo Milans del Bosch. Entre los mejicanos del destacamento que acababa de pelear estaba el CHATO Díaz, prisionero del capitán enemigo. Milans del Bosch se interpuso y, empleando la sorpresa ó el engaño, protegió la fuga del CHATO, que á todo correr de su caballo se perdió en el fondo de un platanar. Los viajeros continuaron su marcha. Los soldados morenos y descalzos de Zaragoza tenían derecho de ser cubiertos fraternalmente con aquella protección. Eran los mismos desnudos de la resistencia española; los guerrilleros barridos por los fuegos de Dupont y Moncey en la meseta castellana; los somatenes catalanes del Bruch y de Esparraguera. Milans del Bosch sentía en su alma de guerrero, excitada con la proximidad de la lucha, el dolor de no estar entre los mejicanos ocultos por la barranca de Metlac.

¶ En Orizaba se presentaron á Lorencez cien hombres de Gálvez, antiguo reaccionario indultado por Juárez y después tráfuga que se ponía á las órdenes del invasor. Lorencez examinó curiosamente las armas, el equipo, las cabalgaduras, los hombres que componían aquella fuerza. Ellos, exhaustos como agonizantes, los jamelgos, que llegó á creer diáfanos, las sillas sin estribos, las lanzas primitivas de otates sin moharras. Todo ello formaba un pintoresco y lamentable conjunto de caravana, que edificó á Lorencez. En presencia de esos miserables hambrientos que devoraban el café con REFINO de que les habían llenado las escudillas, Lorencez declaró que sus soldados eran de tal modo superiores, que los seis mil con que contaba pasaban del número necesario para pasearse por todo el territorio mejicano, insultantes exageraciones que envolvían una verdad. Los defensores de Méjico diferían de aquellos beduinos, como el soldado francés del nuestro; pero, con todo, ¡qué separación enorme entre ambos combatientes! Al ver las fuerzas de Márquez, llamadas regulares, los oficiales franceses preguntaban lo que en este país se entendía por tropas irregulares. En materia militar, todo estaba por crearse : todo se creaba á la vista del enemigo, con energía pujante, hasta el sentimiento en cuyo nombre se conducía la guerra. Los franceses no cesaban de quejarse por la mala voluntad que se les tenía. Eran el extranjero armado que pesa sobre el pueblo como una vejación aun antes de ofender. Mas, en cambio, cuando no visitaban poblachos de escaso vecindario, hoscamente metidos en el misonéismo que los hacía patriotas, los invasores encontraban una complaciente clase directora, formada de neutrales, que los recibían como protectores contra la guerrilla merodeadora, si no es que la ciudad levítica se engalanaba para solemnizar con un TE-DEUM la llegada de los ejércitos de Cristo. Esta honda perturbación de las conciencias que había creado una gue-

rra casi religiosa, se acentuaba cuando el francés veía la hostilidad en los semblantes de los veracruzanos, mientras los soldados de Zaragoza sentían en torno el odio de la sociedad poblana. Todo allí era hostil á los defensores de la patria: sólo las murallas y las alturas abrigaban. Saligny anunció á Lorencez que Puebla le recibiría con las flores de sus vírgenes y el incienso de sus levitas. Y era verdad. El general juzgó como un necio cuando al caer cerca tres balas de la artillería de Zaragoza, dijo: «Esas son las flores del ministro».

☪ Los poblanos no podían llevar sus ofrendas pasando sobre seis mil soldados. Todo estaba dividido en el país ante la invasión. Lo mismo el territorio que la fuerza armada, lo mismo las conciencias que los recursos pecuniarios. Había dos Gobiernos: uno el de reactivos, impotente para mandar, para organizar, para hacer el porvenir; pero suficiente para impedir que el otro se dijese nacional y que, concentrando en su seno todas las fuerzas, pudiese condenar á muerte una expedición invasora.

☪ Un pueblo no se levanta como un solo hombre, MOVIENDO HASTA LAS PIEDRAS contra el enemigo. Un pueblo tiene límites para sus capacidades de combate, como los tiene para sus hechos funcionales, para la producción, para el delito, para la cultura. Y no se pasa el extremo límite, como no se puede con el esfuerzo de la voluntad alterar un carácter, variar un clima, hacer, en suma, lo contranatural. ¿Queréis darle una cifra á la capacidad que entonces tenía Méjico para combatir? Decid cincuenta ó sesenta mil hombres, y habréis acertado. Mas de éstos, el núcleo de fuerzas regulares no podía pasar de la mitad, y el resto se compondría quizá de guerrillas más ó menos lejanas del núcleo principal, inadaptables para las movilizaciones generales y sólo útiles como elemento local subordinado. Éste era el máximun total, para el conjunto del país. Aun quedaba por saber qué parte correspondería á cada bando; porque si contra los norteamericanos unimos todos nuestros elementos de combate, entonces iba á repetirse la fragmentación de la guerra de Independencia, que podemos decir iniciada frente á la Alhóndiga de Granaditas, en donde Valenzuela, el criollo de Irapuato, moría como bravo al grito de ¡VIVA ESPAÑA!

☪ ¿Juárez, no representaba entonces á la Nación? Él, con su Gobierno, contribuyó á formar el espíritu de la Nación, unificándola en aquel conflicto. En efecto, la Nación, dividida contra sí misma, suplió con fuerzas extranjeras las que le faltaban á la facción impotente. En ese sentido no era una guerra nacional aquélla: era una prolongación de la guerra civil. Nacional, después lo fué, cuando la historia recogió el residuo final, y en sus elementos encontró la razón profunda del éxito.

☪ Los plenipotenciarios franceses habían creído conveniente dirigirse á la nación, y lo hicieron en un manifiesto: «No hemos venido á tomar parte en vuestras disensiones — decían; — hemos venido para hacerlas cesar... El Gobierno me-

jicano á quien primeramente nos dirigimos para ofrecerle nuestra ayuda, la ha rehusado, contestando á nuestra moderación con una conducta indigna de la civilización. Entre él y nosotros, la guerra está declarada; pero no confundimos al pueblo mejicano con la minoría que pesa sobre él. El pueblo tiene todas nuestras simpatías. Esperamos que acudirá á nosotros con plena confianza en nuestra intervención. No venimos á favorecer á un partido, sino á la gente honrada y pacífica, es decir, á las nueve décimas partes de la población. Nadie podrá creer que el Gobierno de Francia, nacido del sufragio de una de las naciones más liberales de Europa, haya pensado por un solo momento en la restauración de abusos é instituciones que no son del siglo. La bandera de Francia se ha plantado en el suelo mejicano y no retrocederá. Que todos los hombres honrados la acojan como una bandera amiga: ¡que los insensatos se atrevan á combatirla!» La gasconada final y la declaración anticlerical en la frase que aludía á las instituciones que no son del siglo, contenían las únicas palabras de verdad en todo ese documento que extractamos: la fuerza y, mediante la fuerza, una calificación de los hombres, divididos en dos categorías, los insensatos y los honrados. Los honrados fueron suficientemente insensatos para ponerse bajo la bandera que no amparaba sus ideales, considerados como abusos por el Gobierno interventor. ☪ Juárez, el silencioso, el incoloro entre ministros populares activos, el acusado de inerte y de insensible, sabía decir palabras hondamente emocionantes y poner con ellas su autoridad en la altura inaccesible del deber moral. De jefe de Estado sobre quien pesaban los cargos de amor al poder por el poder, con apego de primitivo á la dominación cacical, con socaliñas y redes para librarse de sus émulo; de indio pegado á la silla presidencial, como malévolamente se le consideraba; por virtud de su patriotismo sabía trocarse, aun á los ojos de sus enemigos, en el apóstol que impone la fe en su heroísmo. «El Gobierno de la República, dispuesto siempre, y dispuesto todavía, solemnemente lo declaro, á agotar todos los medios conciliatorios y honrosos de un avenimiento, en vista de la declaración de los plenipotenciarios franceses, ni puede ni debe hacer otra cosa que rechazar la fuerza con la fuerza, y defender á la nación de la agresión injusta con que se le amenaza. Espero que preferiréis todo género de infortunios y desastres al vilipendio y al oprobio de perder la independencia, ó de consentir que extraños vengan á arrebatarnos vuestras instituciones y á intervenir en vuestro régimen interior. Tengamos fe en la justicia de nuestra causa; tengamos fe en nuestros propios esfuerzos.»

☪ Otro hombre de ánimo fuerte lo manifestaba de este modo: «Tengo una fe ciega en nuestro triunfo.» Fe ciega en la proclama de Zaragoza á sus soldados, quería decir fe inmensa, no fe imbécil, como se ha supuesto. Y debemos explicarnos. La fe para Zaragoza, como para Juárez, como para todos ellos, era la fe en una serie indefinida de derrotas que constituirían otros tantos triunfos morales. La Reforma se había hecho con derrotas. Pero los reformistas habían contado con dos fuerzas: las aduanas y la juventud. Un partido de soldados cae á la primera derrota, como lo demostraron Calpulálpam y Jalatlaco. Ni Aqualulco, ni San Joaquín, ni el 11 de abril, ni la Estancia de las Vacas fueron un argu-